

Ah, Ramón, Ramón...

Escribe: LUIS NAVARRO

Yo me pregunto qué hará ahora Ramón detrás del biombo irreversible de la muerte. Me lo figuro de espaldas a la pared, con el rostro de simulada contrición y en las manos un blok sobre el que escribe eternamente, renglón tras renglón, las palabras de castigo: "No volveré a hacer burla de las cosas trascendentes". Lope, Quevedo, Goya, Solana y el Marqués de Bradomín, liberados ya de sus respectivos sambenitos en el tiempo metafísico de los muertos, intercederán por el castigado colocando en la terrible Balanza de los Cielos, a favor de Ramón, los libros ejemplares en que este habla de aquellos. Dirán al unísono: todos hablaron de mí, pero ninguno me conoció; solo Ramón.

Madrileño irreductible, de un sesgo y para siempre, se impuso en su talante de escritor, no obstante, la iconoclasia arrebatadora de las corrientes literarias y los credos estéticos finiseculares. Español equidistante entre dos franceses: Guillaume Apollinaire y Max Breton. Aunque Ramón se separa de la afinidad con este último "porque él (Max) era un mejillón cerrado y yo un hipocampo desbocado". Es gráfico y rotundo; es decir, es español y por eso sus imágenes fotografían el pensamiento, posiblemente a lo "photomaton" como los españoles "esperpénticos". De aquí su identificación con Quevedo y Valle-Inclán, con el Goya negro, sordo y caprichoso, con el Solana atrabiliario y surreal. Seguramente no hay equidistancias ni antelaciones entre Apollinaire, Ramón y Breton. Hay órbitas individuales que giran, convergen y se colocan en las antípodas dentro de la macro-constelación (mejor macro-nebulosa) de la literatura moderna. Para ellos no hay Ecuador, solo hay polos. El Ecuador es una línea convencional. Los polos, en cambio, son zonas experimentales donde se perturban las leyes físicas y se puede realizar revolucionaria alquimia con la imaginación y el temperamento.

De ahí la pirotecnia cerebral de la imagen literaria que copia la agilidad física de los juegos malabares y los trapecios circenses. El Circo, ahora espléndido para la imaginación en nuestra civilización de tópicos y máquinas. Ramón lo comprendió y de su reivindicación saltimbanqui queda una placa a su memoria en el Circo Price de Madrid y en el Gran Circo del Mundo, el doble salto de trapecio a trapecio —humorismo y metáfora— llamado *greguería*.

He aquí la fórmula química ramoniana: Humorismo + Metáfora = Greguería. Con estos ingredientes se fabrica su definición, que naturalmente es greguería también: "Greguería quiere decir mucho porque no significa nada". Sirve como definición fenomenológica y pone de relieve algo que se le olvidó a Ramón... intencionadamente en su fórmula de botica literaria: la paradoja. Así, pues, con el permiso postmortem del bueno de Ramón, nos atrevemos a modificar ligeramente, ampliando, su receta:

Humorismo + Metáfora + Paradoja = Greguería.

Desde "El chalet de las rosas" o "La mujer de ámbar" a "Retratos contemporáneos" hay un trampolín de tiempo en la existencia del autor donde la memoria ejerce la función de marea. Son los flujos y reflujos del Atlántico entre América y España. La patria nueva y la patria antigua fundidas, conjugadas en un "souvenir" de caracola: el viejo café del Pombo de la madrileña calle de Carretas, junto a la Puerta del Sol, corazón de las Españas. (Al quedarnos sin colonias los españoles, fundamos tertulias y el ejercicio espiritual de la hispanidad no se interrumpió en el mutis por el foro político. No se trata de un sucedáneo ni de una evasión. Es la cristalización de un proceso pedagógico. Cuando el alumno y el profesor se dan la mano familiarmente porque las diferencias iniciales han llegado a anularse por ósmosis. El signo de la personalidad nacional hispánica está identificado por un número: el 98 (1598-1898). Donde sucumbe la fuerza física, el poder político, para que crezca el vigor espiritual y la personería moral de la raza. La decadencia histórica, todos lo sabemos, es la válvula por donde afloran los mejores, los más auténticos, humores de un pueblo.

Ramón nace cargado de ochos (1888), con fachada laberíntica, redundante y barroca, pero, no obstante, tiene que conformarse con pisarle los talones a los compromisarios del 98, consagrados como generación. La generación, por antonomasia, que retrata al toro ibérico. (La otra generación del 98 retrataba al toro imperial).

Junto a una taza de café que marca el meridiano de Madrid, Ramón discurre y obliga a discurrir por círculo concéntrico a los demás españoles. Ahí lo teneis en el óleo de Solana, de pie ante el auditorio más próximo e inmediato, el de su peña de juventud. Pero su voz ya adquiere resonancias al otro lado del "Charco Nostrum": Pedro Emilio Coll, ilustre escritor venezolano, fraterniza ante la mesa de Ramón con credencial de número en la antiacademia del Pombo. Es más que una ventana abierta a los aires trasatlánticos y traspirenaicos, un balcón de proclamas maravillosas donde recibe golpes contundentes la lógica y se celebran magníficos autos de fe heterodoxos con cuyo fuego se iluminan los nuevos altares de "ismos" o "istas". Claro, a don José Ortega y Gasset también se le cede la palabra y es un día de brillante aticismo para los antiacadémicos.

Por eso, paradoja siempre, lógico de la paradoja siempre, Ramón nos dice con sinceridad de "automoribundia": "hay que reaccionar contra esos que creen que todo ha bajado, como si no hubiera cosas indesvalorizables". Está ya en su zona de estuario y ve el mundo y sus cosas con serena perspectiva, aunque como español conserve su "cuarta parte de sangre más

que los demás mortales". El, que acaudillaba mítines poéticos a lomos de elefante y dictaba cursos de antirretórica desde los trapecios del Price, no puede menos de exclamar en la intimidad pública de sus epistolarios ("Cartas a mí mismo): "¡Qué lástima de casita en el campo!".

Así, de repente, esta confesión nos desconcierta. Parece que es un "Lope viviente" el que la deja escapar. Un Lope desalado, desengañado, de "buscar memoria habiendo de olvidarse y edificar habiendo de partirse". Un fray Luis curado de sedes insaciables. No es el Ramón reconocible, siempre distinto y metafórico en todos los órdenes del pensar y del vivir. Algo pasa... Pasa, por de pronto, el tiempo. Y se llega a la soledad. El mismo la matiza como un fenómeno intransferible": "...esa soledad a que llega siempre el buen escritor en España". Y como ya ha pasado el tiempo del "mundanal rüido" en que pensaba a sus contemporáneos y los retrataba, ahora, en el tiempo de soledad, se piensa a sí mismo y se retrata escribiéndose cartas intemporales con matasellos de golondrinas, que son el símbolo más nostálgico de la vida de los hombres en el tiempo. Sobre la tinta de las cartas se reconoce la raigambre, el sesgo familiar y recóndito de Quevedo, de Lope, de Goya, de Bradomín, de Solana, que hablaron por su voz y hoy se la prestan para el soliloquio agónico. Es el momento en que da la espalda a los hombres del vivo presente y envía a las golondrinas una postal de salutación angélica: "Sois agua de desaprensión para sed de locura".

Aquí la greguería ha perdido sus facultades histriónicas y su agilidad de "hai-kai", pero gana la densa ternura de un salmo del Eclesiastés. Como cuando el abanico resume sobre una sola arista la rutilante plenitud de sus 180 grados. El humorismo se hace reflexión; la metáfora, jaculatoria; la paradoja, metafísica.

!Enviar una tarjeta a las golondrinas!... Solo a los hombres superiores se les puede ocurrir el mínimo detalle en la hora trascendental y definitiva del inventario personal irremediable. Ramón del Valle-Inclán —ya solo queda un Ramón viviente en la literatura española— pide un vaso de agua; el pintor Soutine, su máquina de afeitar; Ramón Gómez de la Serna, Ramón por antonomasia, nos recuerda al personaje de Ibsen que pide el sol, así por las buenas, sin veleidades de "chansonnier" ni sentido figurado: ¡el sol!, a secas. Ramón, menos hipotético que el protagonista de "Espectros", se conforma con una postal telegráfica para un texto inefable; algo así como "llegaré mañana en el tren de las once".

Ah, Ramón, Ramón...